

Arlequín.

(Novela de disfraces en 294 retazos)

Raúl Alberto Ceruti.

ARLEQUÍN.

(Novela de disfraces en 294 retazos)

Raúl Alberto Ceruti

1. (FUENTES – IGNACIO – FRANCISCO)

“La imagen comenzó a filtrar un líquido mohoso y amarillento. Lentamente se fue condensando un chorro lento pero constante que salía de unos pocos centímetros por debajo de su cintura, en una de las naves laterales de la iglesia. A Ignacio se le ocurrió que se trataba de un milagro y que la imagen de San Hilario orinaba.”

de “El Rosario de la Hagiografía” de Fray Jacinto P. Cutrelli.

Próximo Fuentes: Retazo 5

Próximo Ignacio: Retazo 4

Próximo Francisco: Retazo 84

2. (HILARIO – ROSAURA)

Hilario se pone de rodillas, casi orante, a orillas del arroyo. Lleva a sus párpados el alivio del agua. Entonces, aparece frente a él, tiesa, silente, Rosaura. Esbelta como una acusación, un signo, un pronunciamiento. Cercana distante, se le queda mirando. Los ojos grandes y oscuros, la boca queda. Los cabellos doloridos y lacios.

Hilario intenta sonreírle, pero ella continúa detenida. Una ausente presencia la establece e incomoda. Él, la vergüenza sutil de la esfinge, se siente desnudo, penetrado por esa persecuente inmovilidad que lo rodea y acapara. Estaqueado por los dardos de esa permanencia; sin refugio, ni razón ni libertad.

Hasta que ella se da vuelta y se va, en un andar suspenso y elegante. Allí vuelve Hilario, los dedos en la tierra, la brisa celebrada y el agua refluente.

Salta una gota hacia él que lo obliga a temblar para deslizarla por sus mejillas.

Próximo Hilario: Retazo 3

Próxima Rosaura: Retazo 25

3.

(HILARIO)

La mano grande, pesada, cae sobre el agua, como una gruta que desploma y sorbe entera aludes gigantescos, en esa delicada inmensidad, la sonora transparencia. Beber con la boca en un grito, sangrar herido de un temblor sediento. Beber y respirar, hacer entrar el agua en los pulmones. Recuperarse, a brazadas de ansiedades deliciosas. Meterse entera en la boca la ansiedad por la pureza. No ahogarse, sino henchirse. Hasta que quepa la Luna de una tragada sola. Hasta quedar satisfecho de necesidad.

La voz queda embebida y la garganta se violenta, llega hasta el estómago en un chorro frío y rotundo.

Próximo Hilario: Retazo 6

4.

(IGNACIO – LOS FESTEJANTES)

“¿Es posible la frescura del misterio?”. “¿Hay revelaciones sobre párpados ligeros?”. “Conocer el misterio como se bebe el agua”. Ignacio sostiene, con ambas manos, un cántaro repleto, que acaba de llenar en la naciente del arroyo. Piedras en el fondo labradas largamente, sin golpes ni incisiones. Apenas por un largo adormecerse. Lisas, suaves, acostadas, como el niño reposado en la canción de cuna. Una paz altiva y una sed piadosa. El agua no como alimento sino como labio, lengua, roce de la sábana.

Lo recto, por sí solo es explicado. Mas, la intriga está en la curva. El verbo en lo ondulado. Antes, los hombros descubiertos, la exultante letanía; entonces los pechos,

húmedos besales, y luego las caderas, amplios territorios de garras y mordiscos. El cuerpo territorio de tu cuerpo: Los tres tiempos, amorosamente reunidos en la forma.

Llega Ignacio con el agua al campamento, donde es de inmediato acosado por los que esperan. Tienden sus brazos, abren sus bocas, se arrastran hasta él, lo tironean. Comienza por verterla en los cacharros de aquellos que no tienen fuerzas, siquiera para reclamarle. Hilario le sigue desde lejos, haciendo una pequeña morisqueta descreída.

Es desesperante ver cómo algunos beben con excesiva dificultad, cómo el simple roce del agua les produce dolor en sus gargantas o en el centro del esófago. Hay quienes al beber, pequeños largos sorbos, filtrados duramente por sus bocas, producen un silbido trémulo y constante, fisura mínima. Un “fuiiiiiii” agudo, casi imperceptible, que al rato se vuelve un ruido penetrante. Quedan los oídos impregnados de ese insistente zumbido, como los ojos fijos en el amarillo. Los discípulos que allí se convocan, toman a diversión esas fugas de aire, por donde también se escapa el soplo del ahogo. Y una y otra vez les hacen sorber el agua, que ellos mismos les prodigan, festejando a los más ruidosos y molestos.

Próximo Ignacio: Retazo 11

Próxima Los Festejantes: Retazo 11

5.

(FUENTES)

“Los jerjevines del sur oriental, demostraban su contento de palos y puños. Grandes, fatigosas riñas componían sus brevísimas fiestas. Los primeros en ser atacados eran los más débiles, tullidos, ancianos o enfermos, sobre los que se ejercía un entusiasta control poblacional. Al término de las tundas y los socorros, se contaban en voz alta, entre rotundas risotadas y expresiones de digestivo satisfecho.”

de las “Anotaciones de San Hilario”

Próximo Fuentes: Retazo 24

6.

(HILARIO)

El hombre es apenas una dádiva. Inerme montón de escombros descubierto. Como éstos a los que sólo les recoge la desesperación. Aunque los hay también paseantes del lujoso aburrimiento. Aquellos que, estiradamente, dejan caer unas monedas sobre los heridos. Muchos, inclusive, tratando de insertarlas en la boca de cada tajo, cicatriz, costra o plegamiento. Hasta provocar el grito del agraciado. Una lapidación distribuida como limosna, un castigo numismático. El golpe que despierta la risa y el grito. Por separado. Ya que alguna vez debieron ser la misma cosa.

¿Cuándo, quién fue el primer hombre que ante un mamut, un triceratops, un pterodáctilo, no lanzó un gemido lastimero, o un refucilo desafiante, sino la ferviente y animosa carcajada?. ¿Cuándo, quién fue el primer hombre que lidiando con el fuego, afilando las puntas de su pedernal, se lastimara, y en lugar de un sacudido postulado de improprios, liberó la dicha de su estupidez?.

Próximo Hilario: Retazo 11

7.

(ISMAEL)

Numerosas normas regulan la permanencia de los leprosos, en la Casa Religiosa de Cuidados. Como si fueran responsables de su mal, se les constriñe a una confesión perpetua. Llevan cencerros, grillos, campanas, colgando de sus carnes laceradas, que anuncian sus dolencias. Deben tomar los alimentos que les entregan por medio de un palito. No pueden tener contacto físico con ninguno de los trabajadores. Deben hablar en dirección contraria a la del viento. Plegar sus sábanas bajo una piedra. No sonarse la nariz con la manga. No hacer bolitas con el pan. Masticar con la boca cerrada. Beber sin hacer burbujas. Secar sus ropas en lo oscuro. No sangrar en compañía. La mano, estrecharla a través de un tronco acomodado a tal fin tras de la puerta. Pueden salir, pero

haciéndose preceder de un tamborilero, o cantando a viva voz un salmo penitencial, al tiempo que hacen sonar una matraca escandalosa. Algarabía de lo incurable.

Próximo Ismael: Retazo 32

8.

(GONZALEZ)

Gonzalez arregla sus cosas, prepara sus gestos de comer. La oficina se amplía. Crece, luminosa, a partir del rígido cuadrado en que escribe sus informes. Prepara los legajos. Asienta el precio de los intereses. Elabora el discurso de sus superiores. Inferior jerárquico. Organizada contradicción. Contesta las cartas, presentaciones, invitaciones y pedidos. Encuentra la normativa exacta de la excusa. Rastrea día a día los textos, los dogmas y los enunciados.

Cierta vez, descubre que la Ley 26.938, de 1994, sobre la Responsabilidad del Entendedor, es una copia exacta de la Ley 325 de 1832 denominada Del Entendimiento. Un escozor le atraviesa por su espalda. Esa grieta no puede ser errónea. Es una provocada insensatez, un acierto atroz, una esmerada recaída. El viento desordenado en el meollo de la estructura.

Próximo Gonzalez: Retazo 16.

9.

(ESTEVEZ)

Golpear la piedra oscura, sonora; quebrar la piedra, como un lento desentierro. Abrir las grietas donde permanece la raíz de lo vibrante. Fragmentar de la dureza por los trazos de lo tenue. El tejido de lo frágil. Allí donde se traza la hendidura. Redes de lo trémulo. Desnudez del nervio reposado en la firmeza, expuesto y remarcado, como esas lombrices que retuercen y contraen vivamente al levantar algún guijarro de la tierra. “Así que hay fibras, hebras que sostienen la unidad de la roca, que cohesionan fuertemente la

materia. De poder rastrear una sola de estas líneas, podría obtenerse la cartografía sensitiva del planeta.”

Golpear la piedra, segura y vibrante, en el fondo de una gruta abierta. Dejar a la intemperie el rostro oculto, las espaldas de la forma. Al fin, forzado cosquilleo.

Estevez, condenado, piensa rítmicamente mientras deja caer la maza enorme. Cargan los brazos con el peso, rompen la cantera goznes de armadura. Cuerdas tensas, venas mudas, crudas matas de árbol mineral. Y los biseles, lisos y veteados, incisiones del perfil de la montaña. Panes de un granito generoso que más tarde será senda de adoquines.

Un persecuente, maniático forcejeo con lo estático. Hasta hallar la contorsión que le sustenta. Y la estrecha vigilancia que involucra un poder callado. No es casual que Estevez descubra bajo sus pies un hilo de sangre. Desploma la maza sobre el hueco pobre y el corte ralo deja escapar un tímido aliento.

Se percibe el alivio de la piedra al desprenderse. Y el ensañamiento con una madeja de olvidos. Vetas son heridas, distendidas y estriadas, que dejan ver la entraña vieja. Encía despoblada. Y el eco de la risa, joven, que subyace en el fondo.

Próximo Estevez: Retazo 34.

10.

(DANIEL)

Daniel tiene un cuerpo muy sensible. Apenas el viento lo cruza, ya le ejecuta sus pliegues a la carne, le destroza la piel, o le desarregla el sistema simpático. Las gotas de lluvia pueden horadarle. Una mirada fuerte, arderle la cabeza. Un voz potente puede arrebatarse algunas facciones del rostro. Una hierba suave puede borrarle las arrugas. La sal puede lastimarlo seriamente. Un color oscuro puede abrirle la garganta. Ha perdido cabello por una fuerte iluminación. O borrado la nariz por un aroma dulce. Se le han desprendido sus dedos en sustancias esponjosas. Y quemado sus sienes en una lectura

concentrada. El cuerpo de Daniel es tierra de desastre y movimiento. Es difícil reconocerle, ya que tantos cataclismos lo cincelan y definen, lo dispersan y diversifican.

Excepto cuando ríe. Cuando ríe se acomodan sus cartílagos y huesos. Encastran entonces los músculos y las articulaciones. Recupera su piel y su sonido. Y vuelve a ser idéntico a sí mismo.

Próximo Daniel: Retazo 75

11. (LOS FESTEJANTES – IGNACIO - HILARIO)

Se limpian entre sí, se dan calor. Duermen uno junto a otro. Solidarios en la debilidad. Ignacio los mira descansar, sentado en el umbral de la tienda de Hilario. Un desordenado silencio en que se vuelven cavernosas las gargantas. En que el cierre de las pestañas, inasible parpadeo, puede ser oído. Como una extraña presencia. Como un seco palmeteo. Alas quebradizas. ¿Qué esperan de él?. Si ya no esperan nada de sí mismos. Nada más que la resignada satisfacción de rascarse y ser rascados, verse libres de sus costras, arrancadas; o vaciar sus culpas en esos inmensos monólogos en que deriva la tarde. Monótona letanía que resulta menos escuchada que entendida. Y un miedo pesado adherido a sus estómagos. Un miedo arenoso que hace de esa red de suspiros y lamentos una gran quejumbre. ¿En qué podrían ya creer, que no fuera ese hueco, interior, en que todo se les escapa con violencia?. Los extensos devaneos de palabras viejas, en que algunos demoran su agonía, o la amasan lerdamente para que no duela. Una y otra vez, múltiples sentidos a la culpa, símbolos injertos de numerosas imágenes. Poblar la desolación. O esos apoyados en la tierra, más bien caídos, que miran hacia el cielo como sapos, los ojos fijos y extraviados, sólo sensitivos, sin el detalle del color o de la forma. Sombras duras sobre las que cae el sentido del frío y del calor, más que la consciencia de las noches con sus días. Lombrices expulsadas a la infirme superficie de lo humano.

Inconsistentes, algo indudablemente necesario aguardan.

Próximo Los Festejantes: Retazo 21
Próximo Ignacio: Retazo 31
Próxima Hilario: Retazo 20

Brumpa Brumpa Brumpapapá. Brumpa Brumpa Brumparapapa. Brumtelopín Ja
ja ja Já:

Maestro de Ceremonias.

Festiva congoja

de carne y cañón.

Prosigue la rueda

lamento y sorna.

Faldas y alambres

la giba y el rey

corona y despojos

feroces sonrientes.

La mueca del hambre

de pálidos rojos.

Después del Riente

no habrá más después.

(A partir de aquí, solo. El ritmo se descompone dejando lugar a las palabras. Apenas percusión, solamente el verbo.)

Hurgar, romper, cavar

la fosa del dolor,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

